



La competición y la experiencia en la derrota

Katia Rubio

Colección Lecciones universitarias | 19



Centre d'Estudis Olímpics
Universitat Autònoma de Barcelona

Esta obra ha sido publicada como parte del proyecto educativo del Centro de Estudios Olímpicos (CEO-UAB), *Lecciones universitarias olímpicas*, promovido a través de la Cátedra Internacional de Olimpismo (CIO-UAB). El proyecto tiene como objetivo ofrecer acceso en línea a textos elaborados a expertos internacionales y dirigidos a estudiantes y profesores universitarios que tratan sobre las principales temáticas relacionadas con los Juegos Olímpicos.

Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España de Creative Commons. Eres libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que se reconozca el autor y editor, no sea usada con finalidades comerciales o para generar una obra derivada de la misma.



Para citar este documento, puedes usar la referencia:

Rubio, Katia (2010): *La competición y la experiencia de la derrota: lecciones universitarias olímpicas* [artículo en línea]. Barcelona : Centre d'Estudis Olímpics (UAB). Cátedra Internacional de Olimpismo (CIO-UAB). [Fecha de consulta: dd/mm/aa]
<http://ceo.uab.cat/pdf/rubio_spa.pdf>

- © Del contenido, 2005 Katia Rubio
- © De la edición, 2010 Centre d'Estudis Olímpics (CEO-UAB)

ISBN: 978-84-693-6229-7

Sumario

1. La competición: contra quién se compite	1
1.1 El objetivo del deporte contemporáneo: ganar	1
1.2 La competición contra el otro y contra uno mismo.....	1
2. La función social de la derrota	2
2.1. De perder a ser derrotado	2
2.2. La derrota como una sombra social.....	3
2.3. La superación y la derrota.....	5
3. La derrota entre los medallistas olímpicos	5
3.1 La derrota en el deporte amateur	5
3.2 La derrota en el profesionalismo	7
4. Consideraciones finales	9
 Bibliografía	 11

1. La competición: contra quién se compite

1.1. El objetivo del deporte contemporáneo: ganar

El deporte en la sociedad contemporánea es un fenómeno social generalizado. No solo es un espectáculo, sino también una actividad profesional y comercial. Como manifestación capaz de provocar una gran emoción, el deporte difiere de otros espectáculos en que lleva a los actores principales y a la audiencia a posicionarse.

Según Mandell (1986), el deporte en la sociedad contemporánea apareció en un momento histórico marcado por condiciones particulares y era un modelo que seguía los principios de una sociedad regida por el sistema liberal. En estas condiciones, la victoria, y no la participación, era el valor supremo de la competición deportiva, porque el reconocimiento social, el dinero y el deseo de permanencia estaban relacionados con la victoria, y se descartaba cualquier otro resultado.

En las competiciones importantes, el alcance de esta lógica lleva a la desvalorización de las medallas de plata y de bronce, los premios reservados para el segundo y tercer puesto, que han dejado de ser distinciones para convertirse en premios de consolación e incluso en premios de los que hay que avergonzarse. Otras posiciones ni siquiera se mencionan en los anales o en las enciclopedias, hecho que amenaza una de las máximas olímpicas: lo importante es “participar”.

En opinión de Skillen (2000), el espíritu de la competición y del logro son partes inseparables del deporte. Sin embargo, la principal contribución a la sociedad de esta práctica es el desarrollo de unas habilidades que puedan superar los límites. Así, el deporte tiene el potencial de enseñarnos a vivir dentro de unos límites, y la victoria debería tener la función de indicar este aspecto destacando aquellos competidores que necesitan mejorar más.

1.2. La competición contra el otro y contra uno mismo

En opinión de Yonnet (2004), la competición deportiva podría dividirse en dos sistemas: la competición contra el otro y contra uno mismo.

En el primer caso, este sistema incluye todos los deportes competitivos que en el concepto clásico del deporte moderno pertenecían a los aficionados, pero que hoy en día están representados por atletas profesionales. La élite está formada por individuos seleccionados por orden de excelencia, separados por breves fracciones de tiempo o de distancia, unas diferencias que a menudo ya no pueden medirse con el ojo humano ni con un cronómetro manual. La creciente necesidad de utilizar equipos más precisos aumenta la sofisticación de la competición y práctica deportiva, favoreciendo la incertidumbre impuesta a los espectadores y confirmando la condición de espectáculo de masas.

En el segundo sistema, la competición contra uno mismo, interviene un tipo de lucha privada, íntima, en la que el competidor también es su propio juez. En este sistema no existe una división entre clase o límite porque el esfuerzo máximo durante la competición varía de persona a persona, imponiendo ritmos y logros diferentes en los distintos competidores. Por tanto, por un lado existe una aparente igualdad entre seres humanos y por otro lado existe una desigualdad inherente que conduce a algunos a la victoria y a otros no. En este sistema la técnica de competición individual y privada contra uno mismo exige recursos relacionados con la elevación individual, con profundas raíces en la cultura contemporánea occidental.

2. La función social de la derrota

2.1. De perder a ser derrotado

La práctica deportiva emerge como la esencia del espíritu de la superación de los límites. Este estímulo ha sido ampliamente explotado con varios objetivos y en función de la atracción que la imagen de un protagonista, como un atleta, ejerce sobre la población. La explotación de esta imagen puede asociarse tanto con la venta y comercialización de muchos productos, como con una campaña pedagógica o social. En opinión de muchos emprendedores y directivos del mundo del deporte, para que esto suceda, el atleta debe ser un ganador, y lograr este status no es fácil.

Cagigal (1996) afirma que los Juegos Olímpicos son una visión sintética, esplendorosa y a gran escala del deporte en el mundo. En este caso, nos queda la pregunta: ¿todos los que no ganan son, de hecho, perdedores? La respuesta sugiere que los adversarios y la lucha están presentes

en la mayoría de competiciones y que la victoria no puede ser solo la conquista de la primera posición.

Como ideal en la sociedad contemporánea, el ganador es recordado y valorado por desbancar al otro, independientemente de los recursos utilizados para lograr este objetivo (Rubio, 2002). A los derrotados les queda la vergüenza del objetivo perdido, la confusión con la incapacidad y la falta de reconocimiento por el esfuerzo realizado. La comparación del resultado obtenido con el deseado, el sentimiento de frustración del atleta, la rabia o quizá la decepción cuando no se ha conseguido el objetivo, son comprensibles. Si actualmente entendemos que la competición es una necesidad de victoria como afirmación de la superioridad sobre el oponente, es importante poner énfasis en que no podemos pensar ni en competición ni en victoria sin la presencia del oponente. A pesar de que la atención de los atletas y de los entrenadores se centra en la superación de tiempos y posiciones, se puede observar la imperiosa necesidad de superar al que es capaz de provocar la frustración propia, que es la condición manifiesta en la derrota.

2.2. La derrota como una sombra social

La dificultad que tienen los teóricos y los protagonistas del mundo del deporte para tratar la derrota quizá reside en la posición que asume esta condición en la cultura contemporánea occidental. Limitada a un modelo de premio por ingresos en que no solo están en juego los beneficios materiales sino también el reconocimiento de un resultado que asegure la inmortalidad, se puede decir que la derrota es la sombra social del deporte contemporáneo. Entendemos “sombra” como los elementos del psiquismo individual y colectivo que, siendo incompatibles con el estilo de vida elegido conscientemente, no se han elaborado, se conectan con el inconsciente y llevan a un comportamiento relativamente autónomo, con tendencias contrarias a las conscientes. Así, nos sometemos a una afirmación de imaginario heroico en el deporte contemporáneo, no por su proximidad a la superación de los límites, sino por una identificación unilateral con las hazañas reconocidas y justificadas por la gente que consideramos sobrehumanos.

Eitzen (2001) señala que los valores promovidos por una parte importante de la sociedad contemporánea occidental se basan en la excelencia y en la motivación individual y social

centrada en la producción. Este estilo de vida facilita el desarrollo de un modelo deportivo que prepara a niños y jóvenes para el éxito en una sociedad competitiva y desarrolla valores morales tales como la perseverancia, el sacrificio, el cumplimiento de normas, el trabajo en equipo y la autodisciplina. Sin embargo, estos valores son responsables de muchos problemas éticos identificados en el deporte, tales como la exaltación de los ganadores y el olvido de los perdedores. En el deporte, esta situación conlleva una deshumanización del atleta y una alienación.

Al hablar acerca del deporte competitivo, nos referimos al deporte practicado por personas que dedican la mayor parte de su existencia, a veces, en exclusiva, al entrenamiento y a la competición. Aunque la victoria y la derrota forman parte del repertorio del deportista, aquellos que han sido capaces de llegar al nivel de una representación nacional ciertamente experimentan muchas más situaciones de victoria que de derrota. Como refuerzo de la máxima que señala que la victoria no es imprescindible, los momentos de fracaso siempre se han considerado necesarios para evaluar los errores y volver a planificar, llevando a los deportistas y a los equipos a pensar que reciben un doble castigo.

Según García, Lagardera y Puig (2002), una victoria no es igual a éxito, ni perder es una experiencia de fracaso. Las experiencias de éxito aparecen cuando se ha conseguido o superado el resultado deseado. Las experiencias de fracaso se encuentran en la diferencia negativa entre el resultado previsto y el obtenido.

Ni la preparación física o mental de un entrenamiento extenuante, ni el uso de conocimiento científico ni el desarrollo de materiales elaborados con tecnología avanzada, ni siquiera el uso de sustancias dopantes dan al deportista la certeza de una victoria garantizada. “Ser un buen perdedor” es una de las características atribuidas “al estilo de vida deportivo”, aunque es más una forma de hablar que una disposición efectiva.

Por consiguiente, el hecho de perder puede llevar al atleta a desarrollar dos tipos de conducta: quemarse de la vida competitiva o reforzar su actitud. Según Cagigal (1996), perder y los sentimientos de inferioridad cristalizan en una frustración permanente hasta producir una reorganización de las fuerzas personales, y aquí reside el principio de la superación. Superar la

derrota representa un enriquecimiento personal. En una personalidad preparada, esta antítesis infunde nuevas energías, descubre habilidades imprevistas, abre horizontes, genera una reorganización de los mecanismos y enriquece las diferencias a partir de las que se fortalece la personalidad.

2.3. La superación y la derrota

La gente que defiende los beneficios del deporte para el desarrollo del carácter afirman que los deportistas aprenden a superar obstáculos, cooperar con colegas, desarrollar el autocontrol y a persistir ante la derrota. La práctica deportiva surge como un espíritu para superar límites, y esta actitud se considera un ideal positivo para el desarrollo individual. Aquí radica la importancia del deporte como agente socializador. Cagigal (1996) desarrolla esta idea afirmando que “ser un buen perdedor” y, desde la perspectiva pedagógica, “enseñar a ser un buen perdedor”, no significa necesariamente derrotismo ni fatalismo. Para el autor, la gente verdaderamente triunfadora en la humanidad no son siempre los ganadores, sino de hecho aquellos que han asumido plenamente su condición humana.

3. La derrota entre los medallistas olímpicos

Podría parecer paradójico estudiar la función de la derrota entre los mejores representantes del deporte de competición contemporáneo. Sin embargo, en una investigación preliminar (Rubio, 2004) se pudo verificar el fuerte sentido de frustración vivido por atletas que, a pesar de ser ganadores, no consiguieron el primer lugar en el podio, es decir, los ganadores de medallas de plata y de bronce. Además de afirmar que estaban descontentos con el resultado, señalaron la dificultad de gestionar unos resultados no previstos, tanto desde el punto de vista individual como social. Es importante poner énfasis en el hecho de que este sentimiento es mucho más compartido entre los deportistas de las dos últimas décadas del siglo pasado que entre los de tiempos anteriores.

3.1. La derrota en el deporte amateur

La hipótesis a la que llegamos en este análisis es que antes de que el deporte se convirtiera en profesional, y especialmente en Brasil, el hecho de practicar habitualmente deportes de competición era un privilegio de algunos altruistas que contaban con el apoyo de la familia o

de algún tipo de patrocinio que les garantizaba la satisfacción de las necesidades diarias básicas y las necesidades materiales relacionadas con el deporte. En todos estos casos, participar en unos Juegos Olímpicos y ganar una medalla significaba la coronación del esfuerzo de muchos años de trabajo realizado en unas condiciones precarias y relacionado directamente con el ocio y el placer. Esta situación estrechaba la relación entre la práctica deportiva y el valor más importante en ese momento: el deporte amateur.

El ideal del deporte amateur es, para Donnely (1995), la base del Olimpismo. Éste se desarrolló dentro del contexto bastante específico de la moralidad victoriana inglesa y sufrió una auténtica mutación con el establecimiento de la relación causal entre el dinero y los resultados deportivos. Por este motivo, el Olimpismo es, para este autor, una actitud en peligro de extinción en el mundo olímpico, más que la solidaridad y el respeto mutuos.

Durante el período estrictamente amateur, las condiciones de entrenamiento y competición impusieron un estilo de vida de una duración limitada. Se sabía que no era posible sobrevivir con esta práctica que no era profesional y se reforzaba socialmente como una actividad de tiempo libre. Puesto que se deseaba que un niño se convirtiera en adulto siguiendo una trayectoria personal y profesional deseada y esperada por la familia y la sociedad, la carrera deportiva, que hasta entonces se había considerado corta, terminaba de manera prematura porque se tenían que satisfacer otras demandas en la vida. Esta situación se podía prolongar si la actividad profesional estaba asociada con el deporte, por ejemplo, si se trabajaba como profesor de educación física. Era la única alternativa.

Al terminar prematuramente la actividad deportiva o el estar asociado a ella, a pesar de tener una condición diferenciada, los medallistas olímpicos de ese tiempo, y curiosamente todos los ganadores de medallas de bronce, se consideraban ganadores principalmente por haber superado las condiciones adversas de aquellos tiempos. Sin duda alguna, ser medallista en Brasil en las décadas del deporte amateur era mucho más difícil que hoy en día. Quizá esta sea la respuesta al sentimiento de victoria y de obligación cumplida.

3.2. La derrota en el profesionalismo

El discurso cambia radicalmente cuando los protagonistas del espectáculo deportivo pertenecen a otra generación. El profesionalismo empezó en la organización de los Juegos Olímpicos y fue recibida como una condición aspirada y deseada por el atleta. Rubio (2004) define este momento del Movimiento Olímpico como una fase de profesionalismo que empezó en los Juegos Olímpicos de Seúl y que dura hasta nuestros días.

En la lógica interna de los deportes contemporáneos, la especialización y el profesionalismo son inevitables. Puesto que la capacidad atlética en muchos deportes es incompatible con el alto rendimiento, la especialización es inevitable.

Con el fin de la era amateur, el deporte se convirtió en un estilo de vida y en una actividad profesional: los seres humanos con talentos excepcionales para la lucha o el atletismo empezaron a recibir grandes sumas de dinero para conseguir determinados resultados. En la carrera para satisfacer estas demandas, en los últimos años, los campeones deportivos se han convertido en productos rentables que se venden y negocian en muchas partes del mundo (Thomas, Haumont & Levet, 1988; Rubio, 2003; Silva & Rubio, 2003).

Los atletas con un alto rendimiento, así como los profesionales más independientes en otras profesiones, permanecen en una lucha constante por sus puestos. Teniendo en cuenta la brevedad de sus carreras (García & Duran, 2002), lo que les diferencia de las otras categorías es la interdependencia entre el rendimiento, que tiene que maximizarse en cortos períodos de tiempo, y la capacidad de sus cuerpos.

Durante el proceso de transformación de la condición de amateur a profesional, no solo se perdieron los valores nobles y aristocráticos. La creación de un nuevo orden olímpico indicó que el mundo del siglo XX había pasado por grandes y profundos cambios de orden práctico y moral.

El deportista profesional no es solo el que recibe dinero por su trabajo, sino la representación victoriosa de las marcas y productos que desean estar vinculados con la victoria, con el logro de resultados.

Guttmann (1978) percibió que los profesionales se pueden definir como aquellos que reciben una compensación económica por su actividad porque su vida laboral es la práctica deportiva. Para una especialización a largo plazo se acuñó el nombre “profesionalismo”, como resultado de las tensiones generadas por la necesidad de distinguir la condición amateur de otros tipos de beneficios secundarios tales como las becas, el apoyo gubernamental y el patrocinio generoso en lugar de un salario propiamente dicho.

Durante la carrera deportiva, los deportistas vivirán obligatoriamente dos condiciones básicas que marcan su trayectoria: la victoria y la derrota. Nadie ha vivido sólo la condición ganadora durante años de entrenamiento y competiciones. Es básicamente en la atribución de significado a este proceso que todos crean y desarrollan estrategias de aceptación de la derrota. Para muchos, este es el momento doloroso de una trayectoria.

En el caso de las competiciones por una medalla olímpica, esta interpretación puede ser mucho más compleja. Porque, aunque la importancia de las medallas viene dada también por el metal como signo complementario (oro, plata y bronce), existe una situación competitiva que cuestiona en esta graduación. En el caso de la conquista de la medalla de plata, existe una situación expresada de derrota que permite al oponente conseguir el primer lugar. En otras palabras, la medalla de plata es la recompensa por la derrota. Pero, en el caso de la medalla de bronce, se da la situación que el medallista es el victorioso en la competición y puede ser doblemente recompensado, tanto por la victoria como por la conquista de la medalla.

Puesto que esta representación varía entre los medallistas en función de los grupos a los que pertenecen y del momento histórico vivido, es posible que la derrota se pueda experimentar con un significado paradójico, lleno de ambivalencias. La evaluación subjetiva del deportista puede ser una referencia absolutamente opuesta a la concebida socialmente. Lo que puede parecer al público honor y gloria, para el deportista puede parecer vergonzoso o casi impúdico.

4. Consideraciones finales

La dificultad para encontrar referencias teóricas sobre un enfoque reflexivo acerca de la derrota y su representación social es sorprendente. Durante la elaboración de este trabajo se consultaron muchas bases de datos, y también bibliotecas y librerías, incluidas las virtuales. Curiosamente, cuando el tema se solicitaba por palabras clave, casi toda la información hacía referencia a la superación o a la evitación de la derrota, a cómo convertirse en ganador, o solo a métodos y técnicas de autoayuda.

Si no fuera por esta búsqueda combinada con una reflexión sobre de un tema determinado, sería posible afirmar que se ha hecho muy poco sobre este tema. Sin embargo, cuando la búsqueda se concentró en los aspectos éticos y morales de la competición, surgió el tema de la derrota. Esta situación nos lleva a pensar en el vínculo directo entre ambos temas, pero también en la imperiosa necesidad de separarlos, porque en muchas situaciones, incluso una situación de victoria, aunque no sea en el lugar más alto del podio, se puede representar como una derrota. Esta situación se observó entre los deportistas olímpicos brasileños que ganaron medallas de plata y de bronce, distinción reservada a un grupo de deportistas muy reducido que consideraron que sus logros eran menos importantes porque no llegaron al primer lugar.

Esta situación confirma el pensamiento de Skille (1998), que afirma que el deporte es un productor de autoestima, aunque esto solo ocurre si se transforma en un objeto de mérito. En otras palabras, el orgullo de los logros deportivos no reside solo en la victoria, sino en la percepción que tiene el atleta de sentirse entre los mejores. En teoría, esta afirmación corrobora el ideal olímpico que reza “lo importante es participar”, si bien la lógica y la práctica de los deportes de competición sufrieron severas transformaciones durante el siglo XX e impusieron una representación distinta del rol social del deportista y de los espectáculos deportivos.

Si en la génesis del Movimiento Olímpico contemporáneo había una victoria y una coronación, a principios del siglo XXI ésta prevalece a toda costa, aunque solo tiene el poder de eliminar la sombra de la derrota en el deporte de alto rendimiento. En este sentido, mecanismos como el dopaje y la corrupción son tan valiosos para algunos deportistas como las preparaciones físicas

y psíquicas, y se exigen más esfuerzos de los profesionales involucrados en la preparación competitiva.

Por lo tanto, esta situación no puede analizarse y evaluarse de manera aislada, sino como un producto más de la sociedad contemporánea, que es capaz de transformar el deporte en el principal fenómeno cultural contemporáneo, como un vehículo privilegiado de las proyecciones sociales.

Bibliografía

Cagigal, J. M. (1996): *Obras selectas*. Madrid: Comité Olímpico Español.

Eitzen, D.S. (2001): "Ethical dilemmas in American sports: the dark side of competition", in D.S. Eitzen (ed.) *Sport in contemporary society*. New York: Worth Publishers.

García Ferrando; Lagardera Otero, F. & M.; Puig Barata, N. (2002): "Cultura deportiva y socialización", in García Ferrando; M.; Puig Barata, N. & Lagardera Otero, F. (comp.): *Sociología del deporte*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 69-98.

García Ferrando, M. & Durán González, J. (2002): "El deporte mediático y la mercantilización del deporte: la dialéctica del deporte de alto nivel", in García Ferrando; M.; Puig Barata, N. & Lagardera Otero, F. (comp.): *Sociología del deporte*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 221-247 .

Guttmann, A. (1978): *From ritual to record*. New York: Columbia University Press.

Mandell, R.D. (1986): *Historia cultural del deporte*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Rubio, K. (2002): "O trabalho do atleta e a produção do espetáculo esportivo", *Revista Eletrônica de Geografia y Ciências Sociais*, Universidad de Barcelona, vol. VI (119 (95), Agosto).

Rubio, K. (2003): "The professionalism legacy: the impact of amateurism transformation among Brazilian olympic medallists", in Moragas, M; Kennett, C. & Puig, N. (eds): *The legacy of the Olympic Games 1984-2000. Lausanne: International Symposium, 14th, 15th and 16th November 2002*. Lausanne: International Olympic Committee, pp. 165-169.

Rubio, K. (2004): *Memória e imaginário de atletas medalhistas olímpicos brasileiros. Tese de livre docência*. São Paulo: Escola de Educação Física e Esporte. Universidade de São Paulo.

Silva, M.L.S. & Rubio, K. (2003), "Superação no esporte: limites individuais ou sociais?", *Revista Portuguesa de Ciências do Desporto*. vol. 3 (3), pp. 69-76.

Skillen, A. (2000): "Sport is for losers", in McNamee, M.J. & Parry, S.J. (eds.): *Ethics and sport*. London: Routledge, pp. 169-181.

Thomas, R.; Haumont, A. & Levet, J. L. (1988): *Sociologia del deporte*. Bellaterra: Ediciones Bellaterra.

Yonnet, P. (2004): *Huit leçons sur le sport*. Paris: Éditions Gallimard.

La competición y la experiencia en la derrota

Teniendo en cuenta las exigencias de alto rendimiento que se imponen a los atletas hoy en día, superar los límites se ha convertido en un tema esencial y recurrente entre los que llegan a lo más alto: los ganadores. En sus discursos, estos atletas hacen referencia a la importancia de haber persistido, perseverado y buscado alternativas a las dificultades impuestas para lograr una trayectoria victoriosa en sus carreras. En la estructura del deporte contemporáneo observamos una reproducción del modelo liberal que privilegia la victoria a pesar de que se conceden tres primeros premios en las competiciones olímpicas. A menudo esta situación hace que los ganadores de las medallas de plata y de bronce se sientan derrotados y nieguen un logro que merece pasar a la historia. Las repercusiones de la derrota no se han estudiado convenientemente y esto contribuye a una actitud en la que se niega esta situación, tanto por parte de los atletas como de los profesionales que trabajan en el ámbito deportivo. El objetivo de este trabajo es presentar la experiencia real de la derrota de atletas ganadores de medallas olímpicas así como sus variadas representaciones en el contexto social contemporáneo.

Katia Rubio
Universidade de Sao Paulo, Brasil



Centre d'Estudis Olímpics
Universitat Autònoma de Barcelona

Edifici N. 1a. planta
08193 Bellaterra (Barcelona)
Espanya

Phone +34 93 581 1992
Fax +34 93 581 2139

<http://ceo.uab.cat>
ceoie@uab.cat

